



SUPERFICIALES. ¿QUÉ ESTÁ HACIENDO INTERNET CON NUESTRAS MENTES?

Nicholas Carr
Taurus, Madrid, 2011
340 páginas

**Reseña por José Antonio
Muñiz Velázquez**

Si bien el libro de Carr no es el primero que aborda los efectos que el uso de Internet puede estar teniendo no ya en nuestras mentes, sino en nuestros cerebros, sí es el primero que lo hace desde unos postulados más divulgativos, lo cual marcará el tono de todo el volumen. Un tono que, asimismo, vendrá también marcado en todo momento por el movimiento pendular que los argumentos del autor den en torno a lo positivo, negativo o neutro que pueda verse en esa influencia de Internet en el devenir psíquico, mental y cultural tanto del individuo como de la sociedad.

El autor comienza señalando los "peligros", o riesgos de reconfiguración al menos, que puede suponer para la memoria y el saber humanos, de nuevo en términos tanto individuales como colectivos, de sociedad y de especie incluso, el cambio que de neurotransmisores a silicio estamos autoperpetrándonos. O lo que es lo mismo, de memoria interna por memoria externa custodiada por dispositivos cuyo funcionamiento se nos escapa al común de los mortales. Un dilema que, como el propio autor señala, viene de lejos, al incrustarse en el pensamiento occidental ya con Sócrates, quien se quejaba de lo frágil y degradado que llegaría a ser el fruto de los pensadores con la llegada de la "memoria externa" de la escritura, antepuesta a la memoria interna que imponía la cultura oral.

En ese sentido, las páginas del libro cabalgan en todo momento entre lo apocalíptico y el optimismo, pero siempre con cautela tanto una cosa como la otra. Lo que sí parece quedar constatado, apoyado por las tesis neurocientíficas que avalan la enorme plasticidad del cerebro humano, es la fuerza determinante que para dicha plasticidad ha tenido siempre, y seguirá teniendo, las tecnologías de comunicación que se vaya otorgando la especie humana,

tecnologías de comunicación que implicarán por siempre cambios en los modelos de expresar, de intercambiar, y de construir el pensamiento humano, en definitiva.

El libro bosqueja colateralmente temas de enorme interés para la argumentación principal, como cuando apunta la posible accidentalidad del libro como fenómeno de transmisión y fijación del conocimiento humano. O la vuelta a la naturaleza cazadora-recolectora, en términos de contenidos e información y no de alimento, obviamente, frente a la evolutivamente posterior cultivadora. O cuando, en la misma línea, alerta de la "descuartización" del conocimiento, al cometerse de manera constante una regresión a una masa de datos no siempre lo suficientemente contextualizada e inteligible, lo cual provocará un mero "surfeo" por el saber, más que una verdadera navegación, por usar la propia terminología de la red.

Dicha descuartización vendrá, por otro lado, servida paralelamente en un plato doble. Por una parte, como se acaba de señalar, la del contenido, término por cierto sustitutorio y hegemónico de todo material que emane de la red. Pero por otra parte, lo que junto a este contenido se fragmenta será el tiempo. O más bien, se acelera, hasta hacer de la inmediatez, al mismo tiempo que la fugacidad consustancial a la misma, el tótem sobre el que postrar toda realidad digital. El tiempo, que asimismo lo pone el autor como ejemplo de cómo la tecnología humana configura y determina la realidad (piénsese en el reloj mismo, nos exhorta el autor), quedará reducido a lo inmediato. Y ambas descuartizaciones se retroalimentan.

En ese sentido, el ritmo de metabolización de información vendrá impuesto por la cantidad de la misma, provocando otro de los efectos *a priori* funestos de la red, al hacer desaparecer uno de los parámetros vertebrales, hasta el momento al menos, para que el sujeto pudiera ir construyendo y construyéndose conocimiento dentro de sus circuitos neuronales. Ese parámetro es la reflexión, el reposar sereno como ancladero de todo lo nuevo que le va llegando a la mente y que forzosamente debe quedar integrado con lo que ya la habita si no quiere desaparecer en el olvido. El tempo cibernético no da margen para ello, sentencia el autor. De tal modo, podríamos aproximarnos a lo que Carr juzga como "taylorismo mental", muestra de las expresiones que, con más fuerza provocadora que científica, caracterizan las páginas del pequeño volumen.

Podríamos señalar como otras de esas expresiones de semejante índole, aquella en la que afirma que el fundamento de la fortuna de Google es el fomento de la distracción, de esa "no-reflexión", precisamente, del usuario. O cuando califica a la web como aquella "tecnología del olvido", con el rango de alerta que ello debiera despertar, si como decimos la memoria (interna) es fundamental para la construcción del conocimiento humano. O cuando, en otro momento, llega a afirmar que cuando más inteligente sea el ordenador, más tonto será el usuario.

Un punto importante al que Carr también entreabre la puerta, es el de las consecuencias éticas que todo ello pudiera tener. Para ello citará a Damasio y su trabajo en torno a las pruebas neurocientíficas que rastrean el comportamiento empático humano, la capacidad de compasión, de solidaridad... las emociones superiores, en una palabra, que también nos definen como especie, igual o más que el saber o el pensamiento, por cierto. El autor dirá que ese amoldamiento a la inmediatez que ya hemos mencionado, a la fugacidad que el cerebro humano está padeciendo por la tecnología, podría llevar a dejar sin espacio (neuronal) no sólo a los procesos intelectuales que requieren un tiempo y un "tempo" mayor, como decíamos, sino también a esos procesos emocionales superiores que requieren de ese ritmo distinto, pausado, reposado. Por tanto, junto a la superficialización del conocimiento, podríamos encontrarnos de la mano a la superficialización del sentimiento. A la superficialización de la esencia humana, en resumen. O tal vez no... como el propio autor termina por dejar abierto.

En conclusión, son más los interrogantes que abre el libro que los que cierra. Y es ahí donde precisamente pueda radicar su mayor fortaleza. ¿Sabemos más que antes? ¿y sentimos más que antes? ¿o menos? ¿En términos individuales o como especie? ¿Qué diferencia hay en ese sentido? ¿Qué es saber? ¿Qué es sentir? ¿Qué es en esencia ser (como verbo) humano?